

MONS. OSCAR A. ROMERO, UN DEFENSOR PROFÉTICO DE LOS DERECHOS HUMANOS

Xavier Alegre, s.j.

INTRODUCCIÓN	3
1. DEFENSOR DE LOS DERECHOS HUMANOS	4
2. PROFETA DE LA JUSTICIA	11
3. TESTIMONIO MARTIRIAL DEL PROYECTO DE JESÚS	16
CONCLUSIÓN	19
NOTAS	24

Este texto recoge el contenido de la conferencia que Xavier Alegre pronunció en Barcelona, el 13 de diciembre de 2010 con motivo del 30 aniversario de la muerte de Monseñor Romero. La conferencia estuvo organizada por *Cristianisme i Justícia* y *Justícia i Pau*.

Xavier Alegre, sj. es profesor de Nuevo Testamento en la *Facultat de Teologia de Catalunya* y en la UCA de San Salvador. Miembro de *Cristianisme i Justícia*.

Edita CRISTIANISME I JUSTÍCIA • Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona • Tel: 93 317 23 38 • Fax: 93 317 10 94 • info@fespinal.com • Febrero 2011

La Fundación Lluís Espinal le comunica que sus datos proceden de nuestro archivo histórico perteneciente a nuestro fichero de nombre BDGACIJ inscrito con el código 2061280639. Para ejercitar los derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición pueden dirigirse a la calle Roger de Llúria, 13 de Barcelona.

INTRODUCCIÓN

Este año celebramos el 30 aniversario del asesinato de Mons. Romero. Recordarlo a él es querer recordar a las numerosas personas que, en El Salvador y en todo el mundo, sellaron con su sangre su compromiso generoso en favor de las personas empobrecidas y oprimidas y en la defensa de los derechos humanos. Es “poner a producir”, como diría Jon Sobrino, “la memoria de los mártires”, el legado que estas personas extraordinarias nos dejaron. Mons. Romero fue un profeta de la justicia y un defensor de los Derechos Humanos, que libró su vida por amor a su pueblo, El Salvador, y por fidelidad al proyecto de Jesús, el Reinado de Dios. Dos amores, el del pueblo y el de Jesús, que para él estaban íntimamente entrelazados.

Así pues, ¿qué vale la pena que recordemos en el año en el que conmemoramos el aniversario de su asesinato?

De Mons. Romero impacta tanto la talla extraordinaria del personaje en medio de la situación durísima que vivió El Salvador, sobre todo en los tres últimos años de su vida, como impresiona también la generosidad con la que estuvo dispuesto a entregar su vida, antes que callar ante la violación de los derechos humanos que estaba sufriendo su pueblo.

De ahí el impresionante amor que la gente de su pueblo –y mucha gente en el mundo–, le sigue teniendo, a pesar de los años transcurridos desde su muerte. En la conmemoración de su aniversario que tuvo lugar en El Salvador en el mes de marzo, participaron desde la gente más sencilla hasta el presidente del país. Éste inauguró en el aeropuerto un mural dedicado a Romero y participó en la marcha desde la Plaza Salvador del Mundo hasta la catedral, donde se celebró una eucaristía y una vigilia festiva durante la noche. Mons. Romero sigue bien vivo en la conciencia de su pueblo y es una fuente de esperanza en unos tiempos que siguen siendo difíciles.

Sin embargo, más que dar grandes explicaciones sobre su figura, lo que me propongo en estas líneas es dejar resonar su voz, porque fue una voz lúcida e impactante, que en su manera de vivir y de hablar sigue siendo profundamente actual.

1. DEFENSOR DE LOS DERECHOS HUMANOS

Mons. Romero fue un precursor en la lucha y defensa de los Derechos Humanos, en América Latina. Durante mucho tiempo, a la Oficina del Arzobispado de San Salvador acudía muchísima gente para denunciar a Mons. Romero las diferentes violaciones de los derechos humanos que habían sufrido. Mons. Romero los escuchaba y creó la Oficina de Socorro Jurídico, más tarde la Oficina de Tutela Legal, para que investigase la certeza de los hechos y así poder defender a la gente más pobre.

A pesar de estar muy en consonancia con el mensaje del Evangelio de Jesús (a fin de cuentas, a Jesús lo mataron también porque defendía la vida, los derechos de las personas empobrecidas y marginadas de su pueblo y porque denunciaba la injusticia de los opresores), aun resulta extraño que un obispo destaque precisamente por su defensa de los derechos humanos¹. Mons. Romero se destacó de manera extraordinaria en este aspecto.

1.1. Ante una situación de injusticia

Es verdad que a Mons. Romero le tocó vivir la situación de El Salvador, que era especialmente crítica por las continuas y terribles violaciones de los derechos humanos que la mayoría empobrecida de aquel país estaba sufriendo. La injusticia, que había llevado a que las llamadas “catorce familias” poseyeran la mayor parte de las tierras y de la riqueza del país, condenando al empobreci-

miento y al hambre a las mayorías populares del país, se había agravado en los años en los cuales a Mons. Romero le tocó ser, primero, obispo auxiliar y después, arzobispo de San Salvador.

No era una situación especialmente nueva. De hecho, ya en el año 1932, tuvo lugar una represión terrible por parte del ejército de El Salvador, que en un mes mató 32.000 campesinos, muchos de ellos indígenas, que se habían sublevado contra la situación, económicamente injusta, de empobrecimiento, de explotación y de marginación que estaban sufriendo.

En la década de los 70, la inquietud volvía a ser muy importante y los grandes terratenientes, con la ayuda de los diferentes gobiernos, del ejército y de los paramilitares, estaban llevando a cabo una escalada de la violencia represiva para intentar controlar y vencer definitivamente las protestas. Los escudrones de la muerte hacían auténticas atrocidades para asustar a la gente empobrecida y marginada, minando así su resistencia.

En un principio, en las décadas de 1960 y 1970, las mayorías empobrecidas del “Pulgarcito” de América Latina habían podido contar con la simpatía y un cierto soporte por parte del arzobispo de San Salvador, Mons. Luis Chávez, que tenía una gran sensibilidad social, hecho que nunca había gustado a la oligarquía salvadoreña. Por esta razón las minorías dominantes habían saludado con alegría que Mons. Chávez, al jubilarse, fuese sustituido por Mons. Romero, y no por Mons. Rivera, obispo auxiliar, de talante más crítico, ya que Mons. Romero era un hombre bueno, humano, piadoso y sencillo, pero más

bien de talante conservador, que no simpatizaba para nada con la denominada “teología de la liberación”. Los oligarcas de El Salvador confiaban que, con su talante espiritualista, contribuiría a la alienación del pueblo oprimido y controlaría los espíritus críticos y comprometidos socialmente de su archidiócesis, tanto sacerdotes como laicos. Y en sus inicios así fue.

1.2. La “conversión”

Pero la muerte del jesuita Rutilio Grande, amigo personal del arzobispo, el 12 de marzo de 1977, el primer sacerdote que fue asesinado en El Salvador, lo sacudió espiritualmente, cuando acababa de empezar su servicio como arzobispo de San Salvador. Y *le abrió los ojos del corazón y de la fe* para poder ver la realidad empobrecida y violentada de su pueblo con los ojos de Dios. Es un Dios que, como nos enseña la Biblia, escucha el clamor del pueblo y lo quiere liberar a través de sus profetas (cf. Ex 3), para construir un pueblo que, por su manera de vivir, muestre a todos los pueblos de la tierra que “otro mundo es posible”, un mundo en el cual no hay pobres porque todo el mundo comparte (Dt 15,4). El asesinato de Rutilio, del campesino Don Manuel y del niño Nelson provocó lo que se ha llamado la “conversión” de Mons. Romero (en la misma línea en la que se habla y se entiende la conversión de Pablo). Y provocó que comenzara a poner signos proféticos de lo que sería, desde aquel momento, su servicio como arzobispo. Me refiero a la “misa única”: se suprimieron las otras misas en la archidiócesis el domingo en que se cele-

bró el funeral de Rutilio, Manuel y Nelson, para que todo el mundo pudiera participar, aunque fuese por radio, en la misa que él mismo celebró. Esta decisión provocó grandes críticas por parte de los cristianos más conservadores y del nuncio del Vaticano, quien alegaba que celebrar sólo una misa en domingo iba en contra del derecho canónico.

1.3. Oposición creciente de la oligarquía

Este cambio de actitud le comportó la oposición creciente de la oligarquía del país, que veía amenazados sus privilegios por las acciones y las palabras punzantes del arzobispo. Pero él, lo que pretendía era defender, sobre todo, la vida, máximo valor humano y divino. Lo formuló claramente en el sermón que hizo el 16-3-1980²:

«Éste es el pensamiento fundamental de mi predicación: nada me importa tanto como la vida humana. Es algo tan serio y tan profundo, más que la violación de cualquier otro derecho humano, porque es vida de los hijos de Dios y porque esa sangre no hace sino negar el amor, despertar nuevos odios, hacer imposible la reconciliación y la paz. Lo que más se necesita hoy aquí es un alto a la represión.»

En cualquier caso, es evidente que Mons. Romero, inspirándose en el Evangelio y en los documentos de Medellín y Puebla, hizo una opción muy clara por los pobres. Se encarnó en medio de ellos. Les predicó un Dios que

no sólo los quería, sino que era también liberador. E hizo formulaciones tan iluminadoras como la de que “la gloria de Dios es que el pobre viva”.

Se le acusó entonces de traicionar su servicio episcopal, metiéndose en política. Pero él defendió su manera de actuar, mostrando que su defensa de los pobres y su denuncia de las violaciones de los derechos humanos y de la injusticia de los ricos y poderosos, estaba en sintonía con el evangelio, el Vaticano II y los documentos de Medellín y Puebla. A modo de ejemplo cito un fragmento de uno de sus sermones (5-3-1978):

«La Iglesia no pretende poder político ni basa su acción pastoral sobre el poder político ni entra en juego de los diferentes partidos políticos ni se identifica con ningún partido político. Pero la Iglesia tiene que decir su palabra autorizada aun en problemas que guardan conexión con el orden público ‘cuando lo exigen los derechos fundamentales de la persona humana o la salvación de las almas’. Todo esto es del Concilio. La Iglesia, pues, defiende los derechos humanos de todos los ciudadanos, debe sostener con preferencia a los más pobres, débiles y marginados; promover el desarrollo de la persona humana, ser la conciencia crítica de la sociedad. La Iglesia tiene que ser la conciencia crítica de la sociedad, formar también la conciencia cristiana de los creyentes y trabajar por la causa de la justicia y de la paz.»

Y en otra homilía, que hizo precisamente el 23-3-1980, la vigilia de su asesinato, dijo:

«Ya sé que hay muchos que se escandalizan de esta palabra y quieren acusarla de que ha dejado la predicación del Evangelio para meterse en política; pero no acepto yo esta acusación, sino que hago un esfuerzo para que todo lo que nos ha querido impulsar el Concilio Vaticano II, la reunión de Medellín y de Puebla, no sólo lo tengamos en las páginas y los estudiemos teóricamente, sino que lo vivamos y lo traduzcamos en esta conflictiva realidad de predicar como se debe el Evangelio para nuestro pueblo. Por eso, le pido al Señor, durante toda la semana, mientras voy recogiendo el clamor del pueblo y el dolor de tanto crimen, la ignominia de tanta violencia, que me dé la palabra oportuna para consolar, para denunciar, para llamar al arrepentimiento y, aunque siga siendo una voz que clama en el desierto, sé que la Iglesia está haciendo el esfuerzo por cumplir con su misión.»

Y le acusan, también, de estar fomentando la violencia en el país. Él se defiende de la acusación injusta en sus homilías, retransmitidas por radio. En ellas, hacía de portavoz de aquellos que no tenían voz en el país, denunciando las violaciones de los derechos humanos que habían sucedido la semana anterior, y procurando iluminar, desde el Evangelio y las lecturas leídas durante la eucaristía, lo que estaba sucediendo en el país. En este punto conviene tener presente que, para poder hacer las denuncias con fundamento, aparte de recibir y de escuchar a las personas que habían sufrido alguna violación de los

derechos humanos, confrontaba con el equipo que lo asesoraba en los temas de las violaciones de los derechos humanos, la veracidad de los hechos y la manera de hacer las denuncias. En cuanto a la acusación de que fomentaba la violencia, dijo, entre otras cosas:

«La violencia no la está sembrando la Iglesia, la violencia la están sembrando las situaciones injustas, la situación de instituciones y leyes injustas que solamente favorecen a un sector y no tienen en cuenta el bien común de la mayoría. Y aquí la Iglesia no se podrá callar porque es un derecho evangélico que la asiste y un deber hacia el Padre de todos los hombres, que la obliga a reclamar a los hombres la fraternidad.» (Homilía del 1-4-1978).

Y más de un año después, decía en una homilía el 12-8-1979:

«Cuando Cristo nos dice en la segunda lectura de hoy: “Amad como Cristo se entregó por vosotros”. Así se ama. La única violencia que admite el Evangelio es la que uno se hace a sí mismo. Cuando Cristo se deja matar, esa es la violencia, dejarse matar. La violencia en uno es más eficaz que la violencia en otros. Es muy fácil matar, sobre todo cuando se tienen armas, pero ¡qué difícil es dejarse matar por amor al pueblo!»

Y en la homilía del 15-7-1977 había dicho:

«¡Qué hermosa será la hora en que todos los salvadoreños en vez de desconfiar unos de otros, en vez de

ver en la Iglesia una emisaria de la subversión, vean en ella la mensajera de Dios, la ciudad de Dios que baja para darle santidad a los hombres, para liberarlos de resentimientos, de odios, para quitar de sus manos armas homicidas! No tendríamos que lamentar historias tan tristes como el saldo que nos deja esta semana: un canciller asesinado, un sacerdote acribillado a balazos en su propia casa, un niño que no tiene culpa también con los sesos echados afuera por la bala homicida. El odio, la campaña difamatoria, como si la Iglesia tuviera la culpa de todo ese desorden. ¿No son más culpables los que escriben esas páginas tendenciosas? ¿No están poniendo armas en las manos aquellos que por la colonia Escalón regaron la hojita de estos días: “Haz patria, mata un cura”? Esto es provocar. ¡A esto no se le llama subversión! Se parece a los tiempos de Hitler –decía nuestra radio ayer– en que se decía: “Haz patria, mata un judío”. Hoy es el sacerdote el estorbo, es la causa de todos los males.»

1.4. Una denuncia basada en el amor, la paz y la justicia

Creo, por otro lado, que es un rasgo específico muy cristiano de la actuación de Mons. Romero, que su defensa de los pobres y oprimidos, sus denuncias de las violaciones de los derechos humanos, nunca surgieron del odio, ni lo quisieron fomentar. Todo lo contrario, estaba realmente apasionado por fomentar el amor entre todos sus diocesanos y entre todos los salvadoreños, puesto que,

como Pablo (Rm 12,21), Romero estaba convencido de que se tiene que vencer el mal con el bien.

Pero esto no le impidió que fuese consciente de que era el egoísmo y el afán de querer tener cada vez más, la idolatría del dinero, lo que provocaba las violaciones de los derechos humanos y los sufrimientos innecesarios de las mayorías empobrecidas de su pueblo. Y que había que denunciarlo y llamar a la conversión a los ricos que no querían compartir. En esto fue también muy fiel a Jesús, quien proclamó programáticamente que no se puede servir a Dios y al dinero a la vez (Lc 16,13; Mc 10,25). Para Romero, la idolatría del dinero es el cáncer de las buenas relaciones interhumanas y la causa principal del sufrimiento innecesario de las mayorías empobrecidas de nuestro mundo.

En cualquier caso, la paz que él siempre quiso buscar, no puede ser la paz del cementerio, o una paz que no se fundamente en la justicia. Un texto de una de sus homilías muestra bien esta unión necesaria que veía él entre el amor, la paz y la justicia:

«Hermanos, sí de verdad lo somos, ¡hermanos!, trabajemos por construir un amor y una paz –pero no una paz y un amor superficiales, de sentimientos, de apariencias–, un amor y una paz que tiene sus raíces profundas en la justicia. Sin justicia no hay amor verdadero, sin justicia no hay la verdadera paz. He aquí, pues, que si queremos seguir la vertiente del bien que nos hace solidarios con Cristo, tratemos de matar en el corazón los malos instintos que llevan a

estas violencias y a estos crímenes y tratemos de sembrar en nuestro propio corazón, y en el corazón de todos aquellos con quienes compartimos la vida, el amor, la paz, pero una paz y un amor con la base de la justicia.» (Misa exequial por Raúl Molina Cañas, el 14-11-1977)

«Sería una locura pretender que esta catedral llena salga de aquí en una manifestación de odio y de violencia. Al contrario, yo creo que el atractivo de la predicación de hoy es porque se predica el verdadero amor, el perdón, la justicia, la paz. Pero no una paz ganada con represión, una paz que no es de cementerios, una paz que se construye sólida sobre las bases de la justicia y del amor. Por eso decimos que la paz que aquí predicamos es la paz de Cristo, de la que Él dijo que siembra división. La paz verdadera también siembra división porque no todos comprenden la profundidad de justicia donde están las raíces de la paz y sólo quisieran una predicación muelle, suavcita, que no ofenda y que predique una paz falsa.» (Homilía del 9-4-1978)

Pero él, en cualquier caso, quiso ser el arzobispo de todo el mundo, también de los ricos, sin marginar a nadie, pero siendo auténtico testimonio de la verdad del Evangelio:

«También quiero que quede bien claro esto, hermanos, porque alguno ha dicho que el nuevo arzobispo no quiere ser obispo de los ricos, sino de los pobres. Es mentira. Pertenece a la campaña difamatoria esa frase. Desde el principio todos me han oí-

do: estoy con todos, abierto al diálogo con todos, dispuesto a corregir mis errores, de cualquier sector que me vengan a platicar. Los amo a todos y es mi misión amarlos para salvarlos.» (Homilía del 8-5-1977)

Por esto también pidió a las oligarquías que no lo consideraran su enemigo, puesto que lo único que quería con sus duras críticas es que fueran sensibles al sufrimiento de los empobrecidos de su pueblo:

«Un llamamiento a la oligarquía. Les repito lo que dije la otra vez: “no me consideren juez ni enemigo”. Soy simplemente el pastor, el hermano, el amigo de este pueblo, que sabe de sus sufrimientos, de sus hambres, de sus angustias; y, en nombre de esas voces, yo levanto mi voz para decir: “no idolatren sus riquezas, no las salven de manera que dejen morir de hambre a los demás; compartir para ser felices”.

El cardenal Lorscheider me dijo una comparación muy pintoresca: “Hay que saber quitarse los anillos para que no le quiten los dedos”. Creo que es una expresión bien inteligible. El que no quiere soltar los anillos se expone a que le corten la mano; y el que no quiere dar por amor y por justicia social se impone a que se lo arrebaten por la violencia.» (Homilía del 6-1-1980)

1.5. Apoyo crítico a las organizaciones populares

Los oligarcas, por desgracia, no le quisieron escuchar. Pero la historia le dio la

razón. Por otro lado, tiene una postura muy serena y matizada ante la violencia que como respuesta están provocando las organizaciones populares:

«He aquí precisamente lo que la Iglesia señala en todo nuestro continente: los terrorismos, los brotes de violencia, la Iglesia no los puede aprobar; pero tampoco puede reprobarlos sin un análisis profundo de dónde proceden. Mientras una violencia institucionalizada, privilegiada, trate de reprimir las aspiraciones justas de un sector, siempre estarán las semillas de la violencia entre nosotros. Por eso, mientras no se haga efectivo un nuevo modo de vivir, no tendremos paz ni unidad ni comunión entre los salvadoreños.» (Homilía del 19-2-1978).

Quisiera hacer notar también, por otro lado, que con su implicación en la defensa de los derechos humanos, sobre todo de aquellas personas que tenían la vida más amenazada y disfrutaban de menos derechos, Romero quería corregir un tipo de espiritualismo cristiano que, con razón, ha sido acusado de ser un “opio del pueblo”. Para él, el Reinado de Dios no se refiere sólo al otro mundo, sino que implica un compromiso en la transformación de este mundo, de manera que se vea que “otro mundo es posible”. Lo dice bien claro en una de sus homilías:

«Porque yo no quiero ser opio, como alguien ha dicho, en el Bloque

Popular Revolucionario que soy. ¡Nunca! Estoy diciendo que, precisamente, estas referencias a la trascendencia son para excitar más la promoción de lo histórico, de lo social, de lo económico, de lo político. Y estoy diciendo que Dios no sólo ha hecho el cielo después de la muerte para el hombre, sino que ha hecho esta tierra también para todos los hombres. ¡Esto no es predicar el opio!» (Homilía del 9-9-1979)

Esto le llevó a dar su apoyo, pero un apoyo crítico, a las organizaciones populares:

«Siento, como pastor, que tengo un deber para con las organizaciones políticas populares. Aun cuando ellas desconfíen de mí, mi deber es defender su derecho de organización, apoyar todo lo justo de sus reivindicaciones; pero así, también, quiero mantener mi autonomía para criticar todos sus abusos de organización, para delatar y denunciar todo aquello que ya significa una idolatría de la organización; y llamarles, en cambio, a un diálogo en el que busquemos entre todos. Las fuerzas organizadas son poderosas en una sociedad y lo pueden todo cuando son capaces de dialogar, pero también disminuyen las fuerzas cuando son fanáticas y no quieren más que su propia voz.» (Homilía del 16-12-1979)

2. PROFETA DE LA JUSTICIA

Como ya habían defendido los grandes profetas de Israel, para Mons. Romero no puede haber una auténtica paz si ésta no nace de la justicia. Reflexionó mucho sobre la injusticia que dominaba este mundo, y, de manera especial, en su país. Y llegó a la conclusión de que la raíz más honda de la injusticia era la idolatría del dinero, causante de los principales males de El Salvador.

2.1. La idolatría del dinero

Y se atrevió a denunciar esta idolatría con palabras muy claras:

«Yo denuncio, sobre todo, la absolutización de la riqueza. Éste es el gran mal de El Salvador: la riqueza, la propiedad privada como un absoluto intocable. ¡Y ay del que toque ese alambre de alta tensión! Se quema.»

Dijo también el 24-7-1977:

«La Iglesia no puede callar ante esas injusticias del orden económico, del orden político, del orden social. Si callara, la Iglesia sería cómplice del

que se margina y duerme un conformismo enfermizo, pecaminoso, o del que se aprovecha de ese adormecimiento del pueblo para abusar y acaparar económicamente, políticamente, y marginar una inmensa mayoría del pueblo. Esta es la voz de la Iglesia, hermanos. Y mientras no se la deje libertad de clamar estas verdades de su Evangelio, hay persecución. Y se trata de cosas sustanciales, no de cosas de poca importancia. Es cuestión de vida o muerte para el reino de Dios en esta tierra.»

En esta lucha por la justicia, Mons. Romero se sentía en sintonía profunda

con todas las personas, cristianas o no, que trabajaban por un mundo más justo. Lo subrayó en una homilía, el 3-12-1978:

«La Iglesia está cerca de todo hombre que lucha por la justicia, de todo hombre que busca reivindicaciones justas en un ambiente injusto, y que trabaja por el reino de Dios, sea o no cristiano. La Iglesia no abarca todo el reino de Dios. El reino de Dios está más allá de las fronteras de la Iglesia y, por lo tanto, la Iglesia aprecia todo aquello que sintoniza con su lucha por implantar el reino de Dios. Una Iglesia que trata solamente de conservarse pura, incontaminada, eso no sería Iglesia de servicio de Dios a los hombres.»

2.2. Injusticia y violencia

Al desarrollar este segundo punto, “Romero profeta de la justicia”, hay un punto que enlaza con el tema de la violencia del cual antes hemos hablado. Para él la violencia surge de la injusticia, y por tanto, sin justicia no puede haber diálogo auténtico entre las partes en confrontación³:

«Pero ni siquiera este diálogo servirá para restablecer la paz deseada si no se da la firme voluntad de transformar las estructuras injustas de la sociedad. Sólo esa transformación será capaz de eliminar las violencias concretas, opresivas, represivas o espontáneas. De otra manera, como lo han dicho los obispos latinoamericanos, la violencia se institucionaliza y por ello sus frutos no se hacen

esperar. La Iglesia cree en la paz; pero sabe muy bien que la paz no es ni la ausencia de violencia, ni se consigue con la violencia represiva. La verdadera paz sólo se logra como fruto de la justicia. Queremos creer que ningún hombre ni ningún salvadoreño de buena voluntad quiere la violencia o las luchas entre hermanos campesinos, los operativos militares. Pero el combatirla de verdad es ponerse a trabajar en la tarea urgente, larga y dura de compartir justamente entre todos los salvadoreños la riqueza de nuestro país y de nuestros hombres y mujeres.

Esto no es comunismo; esto es justicia cristiana. Y señalar las raíces de la violencia no es sembrar violencia, sino señalar las fuentes de la violencia y exigir a quienes pueden cambiar, que cambien, que se vea un paso positivo hacia una construcción de verdadera patria, de verdadero bien común.» (Homilía del 1-4-1978)

2.3. La paz y la justicia: tarea primordial de la Iglesia

Es por este motivo por lo que él creyó que la paz y el amor entre todos los hombres (y pueblos, diría él también hoy), nacen de la justicia. Es una tarea primordial de la Iglesia, si quiere ser fiel a Jesús. Por esto decía:

«Invocar el nombre del Señor es una expresión clásica de la Biblia. Quiere decir no solamente invocarlo con los labios. Quiere decir tomar conciencia de que somos el pueblo de

Dios. Quiere decir que en la historia del hombre está comprometida la Iglesia de Dios. Quiere decir invocar el nombre del Señor sobre su pueblo, que este pueblo tiene un compromiso con ese Dios y que en su marcha por la historia, ese pueblo tiene que dar gloria a Dios no sólo con la expresión de sus buenos sentimientos, sino realizando una sociedad que de verdad sea la sociedad de los hijos de Dios, donde la paz no solamente sea el equilibrio del temor, donde la paz no sea el silencio de los cementerios, donde la paz sea la alegría dinámica de un Dios de paz que, precisamente por ser un Dios de la paz, construye, se desparrama –diríamos– en bondades, realiza la pluriforme maravilla de la creación; y sus hijos tenemos que hacer lo mismo: una paz que se construye en la justicia, en el amor y en la bondad.» (Homilía del 31-12-1977)

Y se apoya en palabras de Juan Pablo II para dar aún más fuerza a su defensa de la paz, que se apoya en la justicia, como auténtico antídoto contra la violencia que estaba destruyendo a su pueblo:

«Como ven, el Papa no cancela el pasado, lo recuerda. Pero lo recuerda con una esperanza de que no se vuelva a repetir, que busquemos, por el camino de una concordia bien entendida, el superar ese clima de violencia. Ese “no a la violencia” para 1978 tiene que buscarse por esos caminos que el Papa acaba de señalar. Y también será –dice el Papa– el camino para llegar a “construir una at-

mósfera social en la que se enmienden adecuadamente injusticias evidentes que impiden que los bienes creados lleguen de manera equitativa a todos, bajo la égida de la justicia y con la compañía de la caridad”. Son palabras del Santo Padre reconociendo esta triste realidad salvadoreña: una atmósfera social en la que los bienes creados por Dios no llegan a hacer felices a todos los salvadoreños. Y es necesario que, en un ambiente de justicia y de amor fraterno, sintamos que esta república tan bella, que estas tierras tan fértiles, que estos cielos tan lindos de El Salvador, sean alegría de todos los salvadoreños, que todos nos sintamos hermanos cobijados por los dones del mismo Dios para todos.

Por eso, hermanos, el “no a la violencia” tiene que estar cimentado sobre los fundamentos de justicia. En Medellín, los obispos de América Latina –aprobados por este mismo Papa– dijeron que la paz en el continente no será posible mientras no se construya un orden más justo, que la paz no es ausencia de guerra, la paz no es miedo de represión, la paz no es equilibrio de dos poderes que se tienen pavor. La paz es el fruto de la justicia, la paz será flor de un amor y de una justicia en el ambiente. Sí a la paz –dice el Papa–, sí a Dios, sí –diríamos nosotros– a la justicia, sí al amor, sí a la comprensión de todos los salvadoreños. Sólo así tendremos esa afirmación neta de la paz.» (Homilía del 6-1-1978)

2.4. No a una paz alienante

De todas formas, llama la atención que, para Mons. Romero, buen seguidor de Cristo (cf. Lc 12,51ss), la paz evangélica no excluye un determinado tipo de violencia, como mínimo verbal, contra aquellas personas que no quieren la justicia.

Y en la línea de los grandes profetas de Israel, como Isaías y Amós, denuncia, siguiendo la enseñanza de Jesús de Nazaret, un tipo de religión alienante, que ignora la opción por los pobres y la defensa de los oprimidos. Es un tema que sale a menudo en sus homilías:

«Una religión de misa dominical pero de semanas injustas no le gusta al Señor. Una religión de mucho rezo pero con hipocresías en el corazón, no es cristiana. Una Iglesia que se instalara sólo para estar bien, para tener mucho dinero, mucha comodidad, pero que olvidara el reclamo de las injusticias, no sería la verdadera Iglesia.» (Homilía del 4-12-1977)

«Aun cuando se nos llame locos, aun cuando se nos llame subversivos, comunistas y todos los calificativos que se nos dicen, sabemos que no hacemos más que predicar el testimonio subversivo de las bienaventuranzas, que le han dado vuelta a todo para proclamar bienaventurados a los pobres, bienaventurados a los sedientos de justicia.» (Homilía del 11-5-1978)

«Muchos quisieran que el pobre siempre dijera que es “voluntad de Dios” vivir pobre. No es voluntad de Dios que unos tengan todo y otros no

tengan nada.» (Homilía del 10-9-1978)

«Cuando se le da pan al que tiene hambre lo llaman a uno santo, pero si se pregunta por las causas de por qué el pueblo tiene hambre, lo llaman comunista, atea. Pero hay un “ateísmo” más cercano y más peligroso para nuestra Iglesia: el ateísmo del capitalismo cuando los bienes materiales se erigen en ídolos y sustituyen a Dios.» (Homilía 15-9-1978)

2.5. Fomentar la esperanza

Por otro lado, me parece que también es un rasgo típico de los profetas que Mons. Romero compartió, que, a la vez que denuncian la injusticia, *fomentan la esperanza* entre sus oyentes, oprimidos y marginados, recordándoles que Dios, que los quiere, no los ha abandonado, aunque humanamente cueste verlo. Esta autoestima es importante para poder superar los desencantos que la situación que viven les puede provocar. Y esta esperanza es muy importante para seguir trabajando para cambiar la dura situación que están viviendo, confiando en que “otro mundo es posible”. Dice por ejemplo en una de sus homilías:

«Y habrá una hora en que ya no haya secuestros y habrá felicidad y podremos salir a nuestras calles y a nuestros campos sin miedo de que nos torturen y nos secuestren. ¡Venirá ese tiempo! Canta nuestra canción: “Yo tengo fe que todo cambiará”. Ha de cambiar si de veras creemos en la Palabra que salva y

en ella ponemos nuestra confianza. Y, para mí, éste es el honor más grande de la misión que el Señor me ha confiado: estar manteniendo esa esperanza y esa fe en el pueblo de Dios.» (Homilía del 2-9-1979)

«No desesperemos, no busquemos soluciones de violencia, no odiamos, no matemos. Y repito esto, así claramente, porque ayer supe allá por Santiago de María, que ya, según algunos amigos míos, yo he cambiado, que yo ahora predico la revolución, el odio, la lucha de clases, que soy comunista. A ustedes les consta cuál es el lenguaje de mi predicación. Un lenguaje que quiere sembrar esperanza; que denuncia, sí, las injusticias de la tierra, los abusos del poder, pero no con odio sino con amor, llamando a la conversión.» (Homilía del 6-11-1977)

«Como pastor y como ciudadano salvadoreño, me apena profundamente el que se siga masacrando al sector organizado de nuestro pueblo sólo por el hecho de salir ordenadamente a la calle para pedir justicia y libertad. Estoy seguro que tanta san-

gre derramada y tanto dolor causado a los familiares de tantas víctimas no serán en vano. Es sangre y dolor que regará y fecundará nuevas y cada vez más numerosas semillas de salvadoreños, que tomarán conciencia de la responsabilidad que tienen de construir una sociedad más justa y humana, y que fructificará en la realización de las reformas estructurales audaces, urgentes y radicales que necesita nuestra patria.» (Homilía del 27-1-1980)

Mons. Romero, a los pobres campesinos, oprimidos y maltratados, llenos de miedo por todo lo que habían vivido concretamente en la ocupación de Aguilares por parte del ejército (asesinatos, torturas, profanación del Santísimo en la iglesia del pueblo)⁴, no sólo les dio esperanza, sino que les devolvió la autoestima y los animó a seguir luchando por sus derechos cuando les dijo, a ellos que eran personas creyentes, una cosa muy sorprendente: “Vosotros sois la imagen del Divino Traspasado del cual nos ha hablado la primera lectura” (era una lectura que hablaba del “Siervo de Yahvé”, de Isaías).

3. TESTIMONIO MARTIRIAL DEL PROYECTO DE JESÚS

Una opción para los pobres, como la que hizo Mons. Romero, obviamente comporta la persecución por parte de los poderes injustos y opresores, que dominaban en aquella época aquel pequeño país centroamericano.

3.1. Una Iglesia encarnada

En este contexto impacta ver cómo interpretó Mons. Romero esta persecución:

«Me alegro, hermanos, de que nuestra Iglesia sea perseguida, precisamente por su opción preferencial por los pobres y por tratar de encarnarse en el interés de los pobres... Sería triste que en una patria donde se está asesinando tan horrorosamente no

contáramos entre las víctimas también a los sacerdotes. Son el testimonio de una Iglesia encarnada en los problemas del pueblo... La Iglesia sufre el destino de los pobres: la persecución. Se gloria nuestra Iglesia de haber mezclado su sangre de sacerdotes, de catequistas y de comunidades con las masacres del pueblo, y haber llevado siempre la marca de la persecución... Una Iglesia que no sufre persecución, sino

que está disfrutando los privilegios y el apoyo de la tierra, esa Iglesia ¡tenga miedo! no es la verdadera Iglesia de Jesucristo.»

Como Jesús, que fue el primer defensor cristiano de los derechos humanos y profeta de la justicia (cf. Lc 13,31-33), Mons. Romero recibió amenazas de muerte debidas al modo cómo hablaba de Dios y defendía a los seres humanos oprimidos y empobrecidos, denunciando la injusticia que provocaba esta situación. Pero, como Jesús, Mons. Romero no se arrugó y habló del sentido positivo que incluso podía tener su muerte.

3.2. Hasta el final...

Con motivo de las amenazas tuvo una conversación con el padre Azcue en el último retiro antes de su muerte. Y escribió:

«Mi otro temor es acerca de los riesgos de mi vida. Me cuesta aceptar una muerte violenta que en estas circunstancias es muy posible, incluso el Sr. Nuncio de Costa Rica me avisó de peligros inminentes para esta semana. El padre me dio ánimo diciéndome que mi disposición debe ser dar mi vida por Dios cualquiera que sea el fin de mi vida. Las circunstancias desconocidas se vivirán con la gracia de Dios. Él asistió a los mártires y si es necesario lo sentiré muy cerca al entregarle mi último suspiro. Pero que más valioso que el momento de morir es entregarle toda la vida y vivir para Él.»

Él lo comenta también en una de sus homilias:

«Espero que este llamado de la Iglesia no endurezca aún más el corazón de los oligarcas, sino que los mueva a la conversión. Compartan lo que son y tienen. No sigan callando con la violencia a los que les estamos haciendo esta invitación ni, mucho menos, continúen matando a los que estamos tratando de lograr que haya una más justa distribución del poder y de las riquezas de nuestro país. Y hablo en primera persona porque esta semana me llegó un aviso de que estoy yo en la lista de los que van a ser eliminados la próxima semana; pero que quede constancia de que la voz de la justicia nadie la puede matar ya.» (Homilía del 24-2-1980)

Pero el testimonio de los numerosos agentes de pastoral, asesinados por el ejército y los escuadrones de la muerte, por su opción en favor del proyecto de Jesús, por su opción por los pobres, lo anima a seguir en la línea que está llevando, a pesar de que esto pone en peligro su vida:

«Aunque me maten, no tengo necesidad. Si morimos con la conciencia tranquila, con el corazón limpio de haber producido sólo obras de bondad, ¿qué me puede hacer la muerte? Gracias a Dios que tenemos estos ejemplares de nuestros queridos agentes de pastoral, que compartieron los peligros de nuestra pastoral hasta el riesgo de ser matados. Y yo, cuando celebro la eucaristía con ustedes, los siento a ellos presentes.

Cada sacerdote muerto es, para mí, un nuevo concelebrante en la eucaristía de nuestra arquidiócesis. Y sé que está así, dándonos el estímulo de haber sabido morir sin miedo, porque llevaban su conciencia comprometida con esta ley del Señor: la opción preferencial por los pobres.» (Homilía del 2-9-1979)

Esta decisión valiente de seguir el camino de Jesús, que lo podía llevar a la muerte, no le evitó, obviamente, que en determinados momentos tuviera miedo, como lo demuestra su diario personal.

En esto se pareció una vez más a su Maestro, Jesús (cf. Getsemaní: Mc 14, 32-42).

Pero no se arrugó, ni aceptó la protección personal que le ofrecía el presidente de la república⁵, sino que siguió haciendo, como Jesús, aquello que él creía que tenía que hacer por fidelidad a Jesús y por amor a su pueblo maltratado injustamente. Y como Jesús, confió que su muerte redundaría en beneficio de su pueblo y no sería inútil, como se puede ver gracias a algunos textos de sus homilías.

CONCLUSIÓN

Para Romero, el bien del pueblo, sobre todo el de los más pobres que tenían la vida más amenazada, el Reinado de Dios en terminología evangélica, era el criterio decisivo que tenía que guiar su actuación y la de cualquier persona, en especial la cristiana. Por esto era crítico no sólo con las oligarquías políticas y económicas que dominaban el país, sino también con las organizaciones populares, cuando con sus errores, con sus luchas por el poder, perjudicaban al pueblo, sobre todo a los más pobres.

Era crítico también con él mismo⁶ y con la propia Iglesia, cuando ésta no hacía una opción por los pobres, auténtica y creíble. Por esto dijo el 8-7-1978:

«El profeta denuncia también los pecados internos de la Iglesia. ¿Y por qué no? Si obispos, Papa, sacerdotes, nuncios, religiosas, colegios católicos, estamos formados por hombres y los hombres somos pecadores, necesitamos que alguien nos sirva de profeta para que nos llame a conversión, para que no nos deje instalar una religión como si ya fuera intocable. La religión necesita profetas y gracias a Dios que los te-

nemos. Porque sería muy triste una Iglesia que se sintiera tan dueña de la verdad que rechazara todo lo demás. Una Iglesia que sólo condena, una Iglesia que sólo mira pecado en los otros y no mira la viga que lleva en el suyo, no es la auténtica Iglesia de Cristo.»

Y también dijo el 28-8-1977, explicando qué tipo de Iglesia quería él:

«Ahora la Iglesia no se apoya en ningún poder, en ningún dinero. Hoy la Iglesia es pobre. Hoy la Iglesia sabe que los poderosos la rechazan, pero que la aman los que sienten en Dios

su confianza... Ésta es la Iglesia que yo quiero. Una Iglesia que no cuente con los privilegios y las valías de las cosas de la tierra. Una Iglesia cada vez más desligada de las cosas terrenas, humanas, para poderlas juzgar con mayor libertad desde su perspectiva del Evangelio, desde su pobreza.»

Pero cuando la Iglesia es fiel a Jesús, entonces es perseguida en un mundo en el que acostumbran a dominar los poderes egoístas y asesinos. Por eso, para él la persecución:

«¡Es la nota histórica de la Iglesia! Siempre tiene que ser perseguida. Una doctrina que va contra las inmoralidades, que predica contra los abusos, que va siempre predicando el bien y atacando el mal, es una doctrina puesta por Cristo para santificar los corazones, para renovar las sociedades. Y naturalmente, cuando en esa sociedad o en ese corazón hay pecado, hay egoísmo, hay podredumbre, hay envidias, hay avaricias, pues el pecado salta, como la culebra cuando tratan de apresarla, y persigue al que trata de perseguir el mal. Por eso, cuando la Iglesia es perseguida, es señal de que está cumpliendo su misión.» (Homilía 25-11-1977)

En cualquier caso, selló su muerte cuando el domingo antes de que lo asesinaran, dijo lo siguiente:

«Yo quisiera hacer un llamamiento, de manera especial, a los hombres del ejército. Y en concreto, a las bases de la Guardia Nacional, de la po-

licía, de los cuarteles... Hermanos, son de nuestro mismo pueblo. Matan a sus mismos hermanos campesinos. Y ante una orden de matar que dé un hombre, debe prevalecer la ley de Dios que dice: “No matar”. Ningún soldado está obligado a obedecer una orden contra la Ley de Dios. Una ley inmoral, nadie tiene que cumplirla. Ya es tiempo de que recuperen su conciencia, y que obedezcan antes a su conciencia que a la orden del pecado. La Iglesia, defensora de los derechos de Dios, de la Ley de Dios, de la dignidad humana, de la persona, no puede quedarse callada ante tanta abominación. Queremos que el gobierno tome en serio que de nada sirven las reformas si van teñidas con tanta sangre. En nombre de Dios y en nombre de este sufrido pueblo, cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: cese la represión.»

“Resucitaré en el pueblo”

La oligarquía salvadoreña y el ejército, apoyado masivamente por el gobierno de EE.UU., ya no pudieron tolerar más estas palabras. Y lo asesinaron. Pero entonces sucedió que el pueblo salvadoreño lo quiso aún más y se sintió más apoyado que nunca en su lucha por liberarse. Sucedió, lo que ya Mons. Romero había predicho en una de sus homilias:

«He sido frecuentemente amenazado de muerte. Debo decirles que, co-

mo cristiano, no creo en la muerte sin resurrección. Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño. Se lo digo sin ninguna jactancia, con la más grande humildad. Como pastor estoy obligado por mandato divino a dar la vida por quienes amo, que son todos los salvadoreños, aun por aquellos que vayan a asesinarme. Si llegaran a cumplirse las amenazas, desde ya ofrezco a Dios mi sangre por la redención y resurrección de El Salvador. El martirio es una gracia que no creo merecer, pero si Dios acepta el sacrificio de mi vida, que mi sangre sea semilla de libertad y la señal de que la esperanza será pronto una realidad. Mi muerte, si es aceptada por Dios, sea por la liberación de mi pueblo y como un testimonio de esperanza en el futuro. Pueden decir, si llegasen a matarme, que perdono y bendigo a quienes lo hagan. Ojalá, se convenzan que perderán su tiempo. Un obispo morirá, pero la Iglesia de Dios, que es el pueblo, no perecerá jamás.» (Marzo de 1980)

Y una vez más, Mons. Romero tuvo razón. Ha resucitado en el pueblo de El Salvador, que lo sigue queriendo y se apoya en su testimonio y en sus palabras para seguir luchando por un mundo mejor, en el cual todas las personas puedan vivir humana y dignamente y en el cual los Derechos Humanos sean realmente respetados.

Y quiero acabar con unas palabras de I. Ellacuría, también él un mártir, que defendió los Derechos Humanos y la justicia, unas palabras que él pronunció con motivo del doctorado honoris cau-

sa que la UCA concedió, *post mortem*, a Mons. Romero y que expresan bien lo que fue y significa:

«En una sociedad configurada por los poderes de la muerte, él, que era promotor de los principios de la vida, no pudo ser tolerado. Como la de su gran maestro Jesús de Nazaret, su misión pública al frente del arzobispado sólo duró tres años. Reunidos los poderes de las tinieblas, decidieron acabar con quien, como en el caso de Jesús, fue acusado de andar soliviantando a la gente desde Galilea hasta Judea, desde Chalatenango hasta Morazán. Y lo acallaron de un tiro mortal porque el pueblo no hubiera permitido que lo crucificaran en público. Sólo así pudieron acallar al profeta. Pero ya para entonces la semilla había fructificado y su voz había sido recogida por miles de gargantas que con Monseñor habían recobrado su voz perdida. Los sin voz ya tenían voz, la suya y la de Monseñor. Y al quedar huérfanos, podían alcanzar su mayoría de edad y convertirse así en padre de nuevos hijos, innumerables como las arenas del mar. Y es que el asesinado era un mártir. Lo mataron porque iluminaba y denunciaba desde el evangelio los males del país y a quienes los perpetraban, pero murió porque el amor de Dios y el amor del pueblo le estaban pidiendo dar su vida en testimonio de lo que creía y de lo que practicaba. Por eso resucitó en el pueblo por el que había muerto, y por eso esperó también la resurrección cristiana en la que confiaba sin asomo de duda.»

San Romero de América (Pere Casaldàliga)

El ángel del Señor anunció en la víspera...

El corazón de El Salvador marcaba

24 de marzo y de agonía.

Tú ofrecías el Pan,

el Cuerpo Vivo

—el triturado cuerpo de tu Pueblo;

Su derramada Sangre victoriosa

—¡la sangre campesina de tu Pueblo en masacre

que ha de teñir en vinos de alegría la aurora conjurada!

El ángel del Señor anunció en la víspera,

y el Verbo se hizo muerte, otra vez, en tu muerte;

como se hace muerte, cada día, en la carne desnuda de tu Pueblo.

¡Y se hizo vida nueva

en nuestra vieja Iglesia!

Estamos otra vez en pie de testimonio,

¡San Romero de América, pastor y mártir nuestro!

Romero de la paz casi imposible en esta tierra en guerra.

Romero en flor morada de la esperanza incólume de todo el Continente.

Romero de la Pascua Latinoamericana.

Pobre pastor glorioso, asesinado a sueldo, a dólar, a divisa.

Como Jesús, por orden del Imperio.

¡Pobre pastor glorioso,

abandonado

por tus propios hermanos de báculo y de Mesa...!

(Las curias no podían entenderte:

ninguna sinagoga bien montada puede entender a Cristo).

Tu pobrería sí te acompañaba,

en desesepo fiel,

pasto y rebaño, a un tiempo, de tu misión profética.

El Pueblo te hizo santo.

La hora de tu Pueblo te consagró en el kairós.

Los pobres te enseñaron a leer el Evangelio.

Como un hermano herido por tanta muerte hermana,
tú sabías llorar, solo, en el Huerto.
Sabías tener miedo, como un hombre en combate.
¡Pero sabías dar a tu palabra, libre, su timbre de campana!
Y supiste beber el doble cáliz del Altar y del Pueblo,
con una sola mano consagrada al servicio.
América Latina ya te ha puesto en su gloria de Bernini
en la espuma aureola de sus mares,
en el dosel airado de los Andes alertos,
en la canción de todos sus caminos,
en el calvario nuevo de todas sus prisiones,
de todas sus trincheras,
de todos sus altares...
¡En el ara segura del corazón insomne de sus hijos!

San Romero de América, pastor y mártir nuestro:
¡nadie hará callar tu última homilía!

1. De todos modos, en América Latina ha habido una serie de obispos que se han distinguido por su opción por los pobres y su denuncia de la injusticia. Recuerdo unos cuantos: Helder Câmara y Pere Casaldàliga, en Brasil; Leónidas Proaño, en Ecuador; don Sergio Méndez Arceo, en Chiapas; y los obispos que han muerto asesinados, como Enrique Angelelli, en Argentina; Juan Gerardi, en Guatemala; Joaquín Ramos, en El Salvador, y Gerardo Valencia, en Colombia.
2. La edición crítica (editada por Miguel Cavada) de los sermones de Mons. Romero, en los años durante los cuales fue arzobispo de San Salvador, ha sido publicada en 6 volúmenes con el título: *Homilias de Monseñor Oscar A. Romero*, San Salvador, UCA editores 2005-2009.
3. La confrontación que se desencadenó en El Salvador hacia diez años que persistía cuando Romero fue asesinado
4. En su sermón en Aguilares el 19-6-1977 dijo: «A mí me toca ir recogiendo atropellos, cadáveres y todo eso que va dejando la persecución de la Iglesia. Hoy me toca venir a recoger, en esta iglesia, en este convento profanado, un sagrario destruido y sobre todo un pueblo humillado, sacrificado indignamente. Por eso, al venir, finalmente –porque quise estar con ustedes desde el principio y no se me permitió–, hermanos, y les traigo la palabra que Cristo me manda decirles: una palabra de solidaridad, una palabra de ánimo y de orientación y, finalmente, una palabra de conversión».
5. Públicamente le dijo en sus homilias: «quiero decirle que antes de mi seguridad personal yo quisiera seguridad y tranquilidad para 108 familias y desaparecidos... El pastor no quiere seguridad mientras no se la den a su rebaño».
6. El 21-8-1977 dijo: «Yo, que les estoy hablando, necesito convertirme continuamente. El pecador, el religioso, la religiosa, el colegio católico, la parroquia, el párroco, la comunidad, la Iglesia, pues, tiene que convertirse a lo que Dios quiere en este momento de la historia de El Salvador. Si uno vive en un cristianismo que es muy bueno, pero que no encaja con nuestro tiempo, que no denuncia las injusticias, que no proclama el reino de Dios con valentía, que no rechaza el pecado de los hombres, que consiente por estar bien con ciertas clases, los pecados de esas clases, no está cumpliendo su deber, está pecando, está traicionando su misión».